

“¿El amor (-a los espinillos) es ciego?”

Hoy, un día después de la tormenta, me sorprendí confesándole a Marta que “*me decepcionaron los espinillos*”, ya que hasta ahora pensaba que, siendo las planta nativa por excelencia de la zona, también iban a ser los más resistentes al invierno y a los embates climáticos, sequía, granizo, tormentas, así como también a las hormigas y a todo tipo de insectos dañinos y otras pestes. Pero ahora, bien entrada la primavera, veo que los espinillos no lucen como yo esperaba, muchos se secaron, o tal vez se helaron, y los sobrevivientes sufren empujando lenta y penosamente sus primeros gajitos entre las duras espinas ya sin ninguna esperanza de florecer. Entonces pensé: ¿El amor (-a los espinillos) también es ciego?

„*El amor es ciego*” En teoría, me parece que se trataría de una premisa falsa, engañosa, que no haría más que encubrir caprichos, egoísmo y vanidad. En verdad el deseo, la obsesión, las ansias de posesión o manipulación son las que enturbiarían nuestros ojos y no nos permitirían ver a la otra persona como lo es realmente. Creo que el amor verdadero en cambio, no es ciego, llega más lejos y más profundo de lo que perciben los ojos; traspasa la armadura del cuerpo y ve a la persona amada tal cual es, ve lo mejor de ella y también percibe sus defectos, pero éstos los acepta como ramificaciones en las etapas naturales del desarrollo de su vida. En consecuencia también sería falso y producto de un orgullo necio el decir de alguien querido que „*me decepcionó*”, porque el amor verdadero no debería conocer la decepción. El amor, al proyectarse, comprende bien que todos estamos en camino, y en ese camino siempre se producen cambios que pueden ser muchas veces imprevistos, a veces para mal, otras veces para bien. Al percibir los cambios tiene conciencia que esos „defectos” son inevitables y a menudo también necesarios y, en el caso que el defecto sea destructivo y negativo, siempre estará listo y dispuesto con generosidad a ser apoyo y ayuda para un nuevo cambio que podrá hacer desaparecer al defecto pernicioso junto con sus nefastas consecuencias. Al descubrir presuntos cambios –defectos- no esperados en el otro que lo podrían llevar a la „decepción”, el que ama intuye y reconoce que, en realidad, el principal responsable de esta „decepción” no es más que él mismo, ya que en algún momento no vio aquello que se podía ver, atribuyendo en cambio a la persona amada y para su propia satisfacción, presuntas „virtudes” que en realidad nunca fueron más que inventos, creaciones, fantasías de su propia vanidad y egoísmo. El amor debería ser más sabio, tolerante y comprensivo, el amor no exige para sí sino que ofrece y otorga libertad... y acepta. Todos estamos en camino y por ende tenemos el „derecho” a los cambios, cambios que a veces nos hacen tropezar y caer, otras veces nos construyen y refuerzan

nuestra personalidad y dilatan nuestro espíritu. La decepción es en realidad decepción de uno mismo, de la propia ceguera que es producto no del amor verdadero, sino de un amor egoísta que pretende que el otro sea a imagen y semejanza de nuestros deseos, de como quisiéramos que sea.

La frase “*me decepcionaron los espinillos*” fue desafortunada; debería comenzar a aprender a ver también a través de las espinas y de la corteza seca para poder comprender y aceptar el camino “personal” de cada árbol. Aprender a contemplar, sin exigir aquello que existe solo en mis fantasías y mis deseos, aprender a admirar el nacer y el florecer tanto como la fragilidad y la extinción, percibir que la libertad es transformación y que ésta, tal vez precisamente hoy, puede llevar al ocaso.

Y entonces vi que, de la base del tronco de los espinillos secos, brotaban una, dos o más ramitas verdes llenas de espinas impertinentes. Saqué los yuyos que las tapaban, moví un poco la tierra, le di de beber y con un piolín las sujeté al tronco para que crezcan más sanas y derechitas.

Y me olvidé de la decepción.



